

MIL MILLONES DE TUBERÍAS

aventuras en espiral

Diego arboLEda RAÚL sagosPe



ANAYA

2.^a
edición
100%
tuberil

Diego Arboleda

MIL MILLONES DE
tuberías
aventuras en espiral

Ilustraciones de
Raúl Sagospe



ANAYA

1.ª edición: abril de 2011
2.ª edición: abril de 2023

© Del texto: Diego Arboleda, 2011
© De las ilustraciones: Raúl Sagospe, 2011
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2023
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.es

ISBN: 978-84-143-3526-0
Depósito legal: M-26958-2022

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

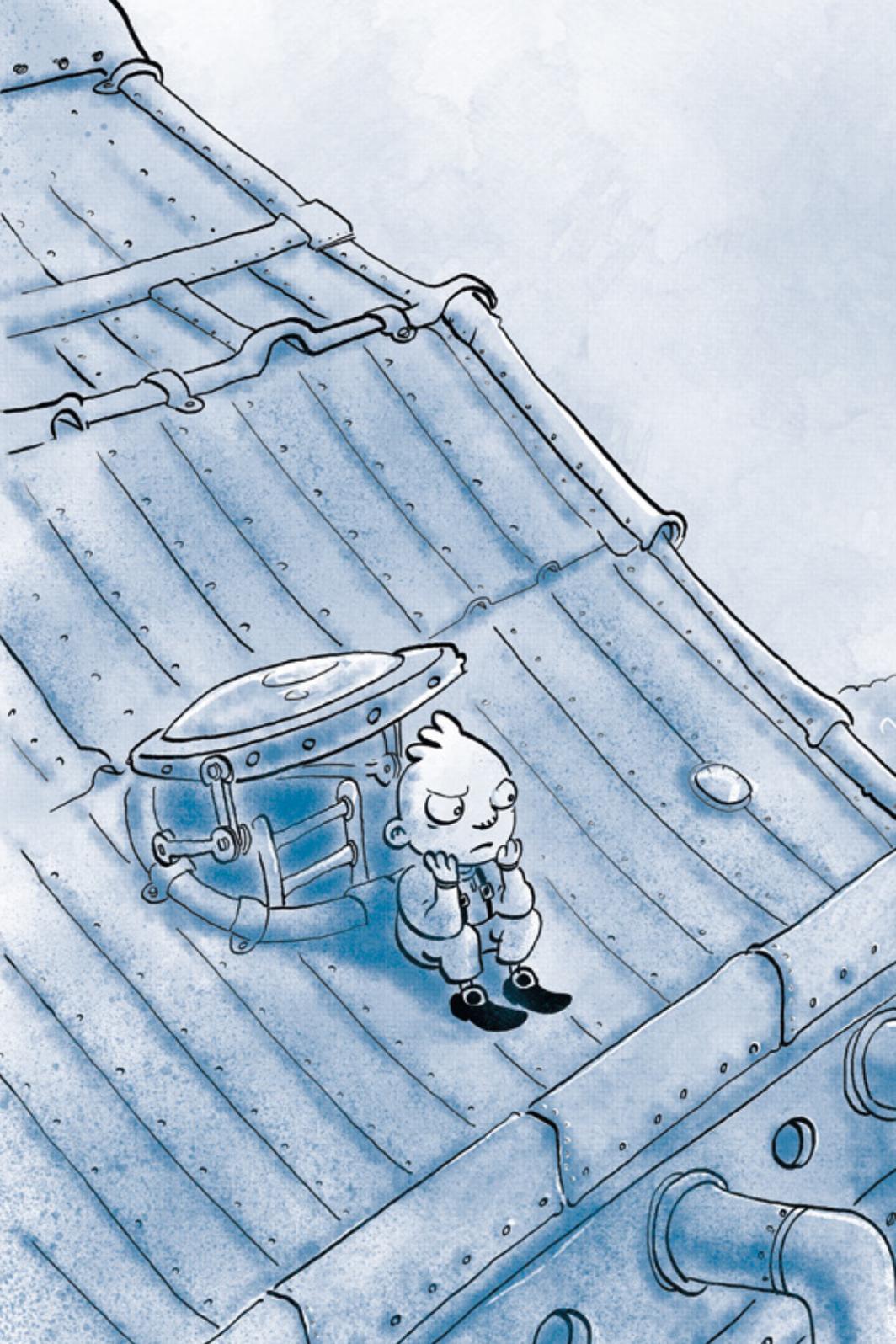


PRIMERA PARTE

| | |
|------------------------------------|-----|
| 1. Un rey, un niño, un patio | 7 |
| 2. Nubes y rosquillas | 27 |
| 3. Una semana | 37 |
| 4. Desconfiando de Carpio | 65 |
| 5. La Primera Tubería..... | 81 |
| 6. Armilla | 105 |

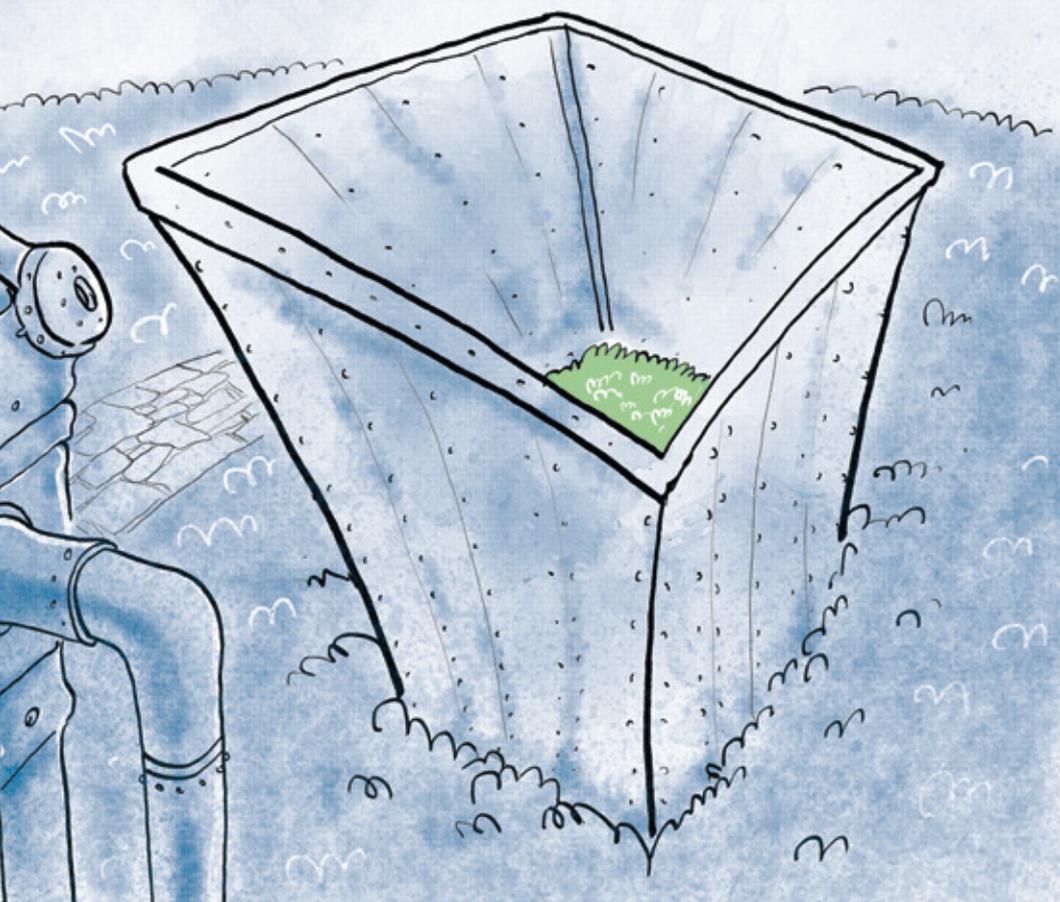
SEGUNDA PARTE

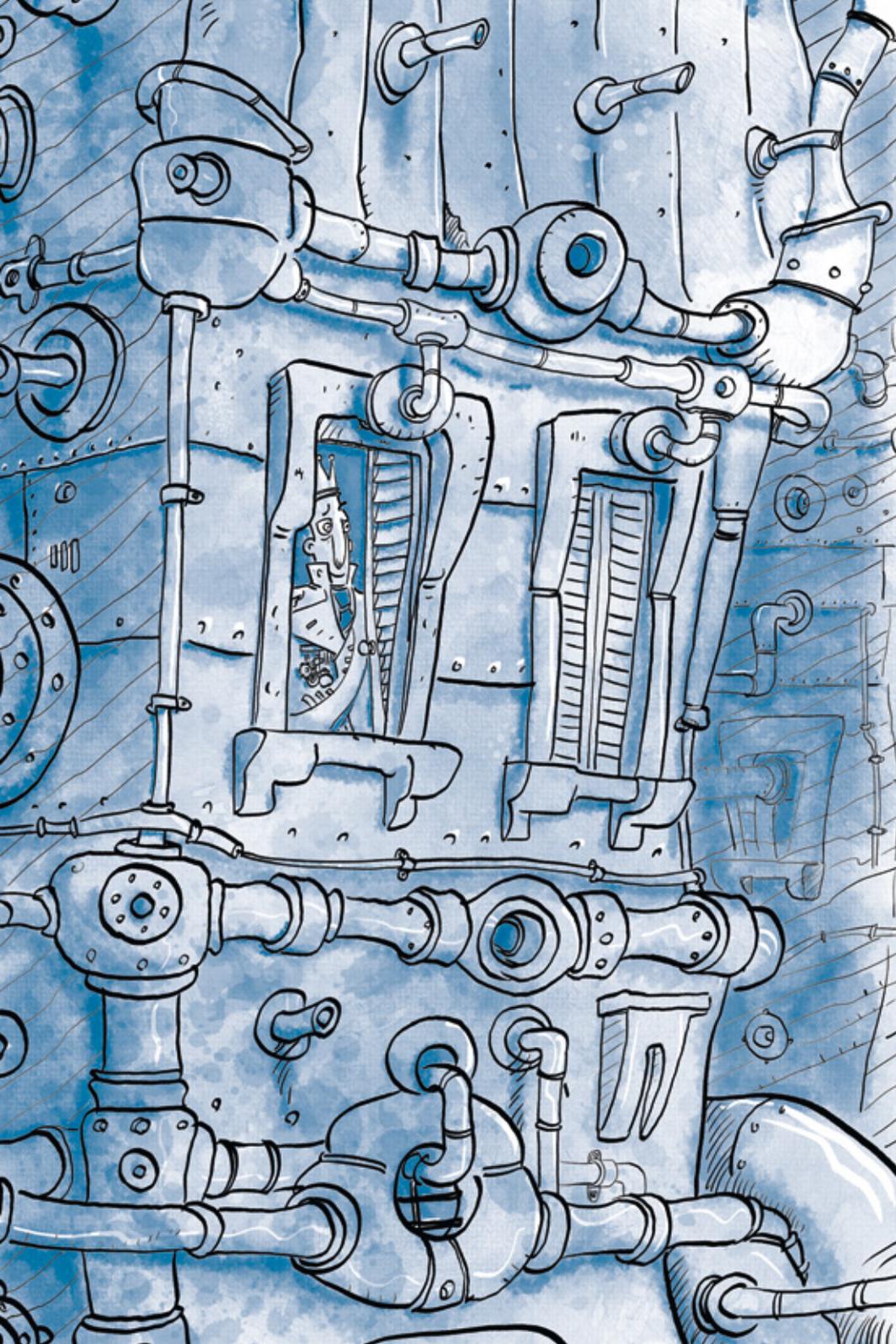
| | |
|--|-----|
| 7. El factor Gatucho | 127 |
| 8. Tres conspiradores | 147 |
| 9. El rescate..... | 163 |
| 10. Azul verdoso o verde azulado | 177 |



Primera parte

*La historia de un niño enfadado
(que acabó subido al tejado)*





Un rey, un niño, un patio



Asomado a la ventana estaba el rey Flaco. Sonreía contemplando el amanecer sobre el inmenso valle azulado que gobernaba. Durante la noche había llovido un poco, y el sol, que se asomaba por las montañas del lado este del valle, comenzaba a acertar con sus rayos en las gotas de lluvia que aún quedaban sobre las tuberías, llenando el reino de plateados destellos.

Los edificios más altos, las chimeneas de las fábricas, las torretas eléctricas, brillaban relucientes mientras proyectaban sombras largas y negras, como plumas de cuervo. Pero las verdaderas plumas estaban aún más arriba, más allá de la torre del palacio, donde los cuervos que anidaban en las almenas realizaban sus primeros vuelos del día.

Todo esto contemplaba el rey Flaco mientras sonreía. Y sonreía porque pensaba que, dentro de unos días, podía dejar de reinar.

En el patio de armas, cuatro científicos se afanaban en torno a dos gruesos bultos de lona: revoloteaban con sus batas blancas, insuflando gas con lo que parecía una mezcla de tractor y fuelle gigante. Poco a poco, el gas comenzó a rellenar las formas de las lonas, inflándolas hasta ocupar casi por completo el patio, rozando las cuatro fuentes que había en las esquinas.

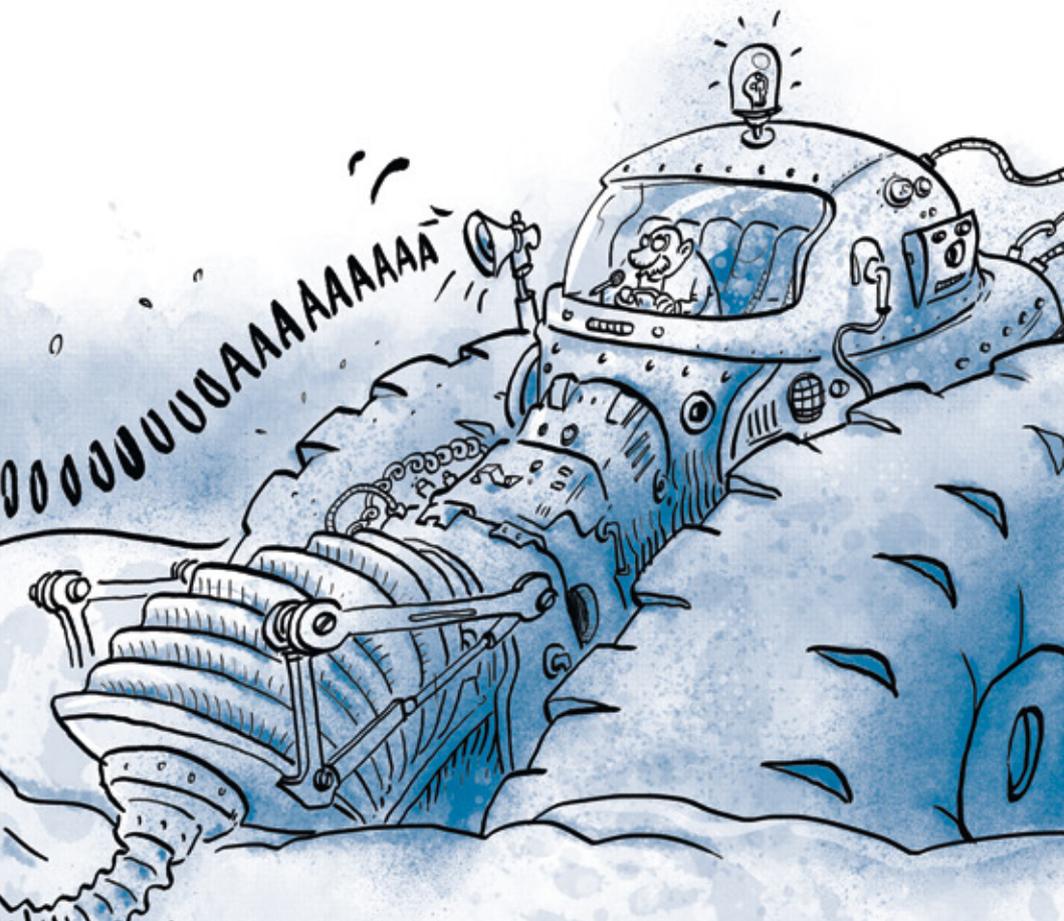
Terminada esa parte del proceso, un científico retrocedió con la máquina infladora y salió marcha atrás por una de las puertas del patio de armas. Ahora las lonas habían crecido hasta formar dos imponentes globos ovalados, dos zepelines, descubriendo al inflarse la pequeña cabina para el piloto que cada globo llevaba adosada debajo.



Maximiliano X devolvió la mirada al horizonte.
«Ya han pasado dos meses», pensó.

Efectivamente, dos meses antes, en una mañana de septiembre, un meteorito cayó en el patio del pequeño M y provocó más de un problema: estuvo a punto de desvelar la doble vida que el monarca llevaba como líder de ambos bandos, la Casa Real y la Resistencia. Días después, cuando se despidió de M haciéndole antes prometer que guardaría su secreto, se dijo que tenía que poner fin a esa doble vida. Que necesitaba un plan. Y ahora, el plan se estaba poniendo en marcha.

Había convocado elecciones en el reino.



El rey Flaco esbozó su segunda sonrisa del día: su plan se basaba en los dos candidatos propuestos.

Para uno de los candidatos había diseñado a propósito una campaña nefasta, condenada a perder.



En cambio, el otro candidato lucía una imagen impecable y convincente.



Porque la idea era que la Resistencia lograra la victoria.

En cualquier caso, sucediera lo que sucediera, el vencedor sería él.



Un zumbido doble, procedente de las dos hélices de los globos dirigibles, ascendió del patio de armas hasta los oídos del rey. Tras el zumbido, ascendieron también los dos zepelines y se ubicaron sobre el palacio.

El monarca se giró para contemplarlos. Los dos voluminosos vecinos se balanceaban mecidos por el aire, espantando a los cuervos. Las aves se alejaron de allí disgustadas y se situaron a una prudente distancia, desde la que miraron con antipatía a los recién llegados.

Eran en realidad dos globos publicitarios: cada uno de ellos llevaba impreso un dibujo de colosales dimensiones. Uno de los globos lucía un sombrero, imagen que representaba a la Resistencia. Bajo la compuerta, una consigna: VOTA LONGO. En el otro zepelín se podía ver una enorme y lujosa corona, símbolo de la Casa Real, y bajo la corona, una orden: VÓTAME.

Maximiliano sonrió de nuevo.

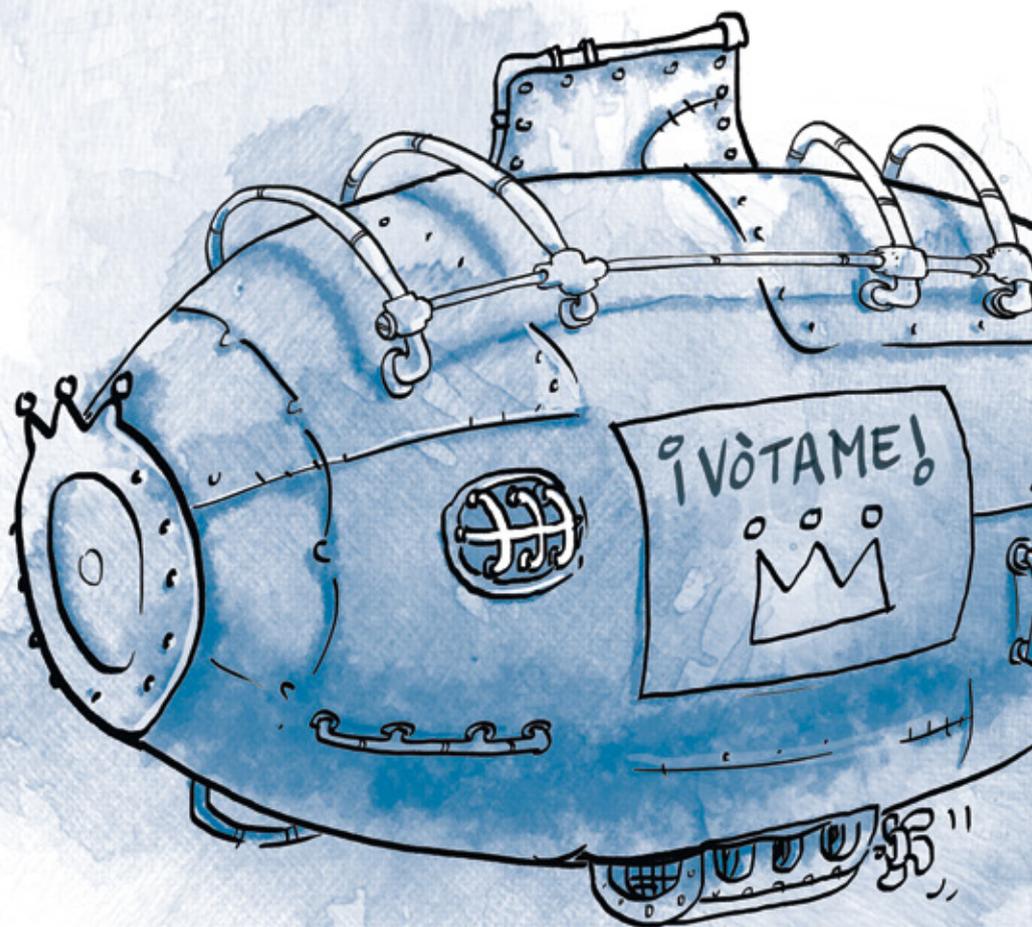
Las elecciones serían dentro de dos semanas, unos días antes del gran baile de otoño. El rey Flaco imaginó lo divertido que podría ser invitar a los Indeseables al baile y mezclarlos con los cortesanos y sus trajes de gala.

Pero era pronto para pensar en eso. Primero tenía que ganar las elecciones como Longo, y para ello contaba con las desequilibradas campañas publicitarias y, especialmente, con los zepelines.

Esta publicidad electoral podía ser vista no solo por los habitantes de la ciudad, sino por los súbditos de prácticamente todo el reino. Podrá verlo M desde su casa en el campo, desde su patio.

Una sombra cruzó los ojos del rey Flaco, haciendo desaparecer la tercera sonrisa. M debía de estar bastante enfadado.

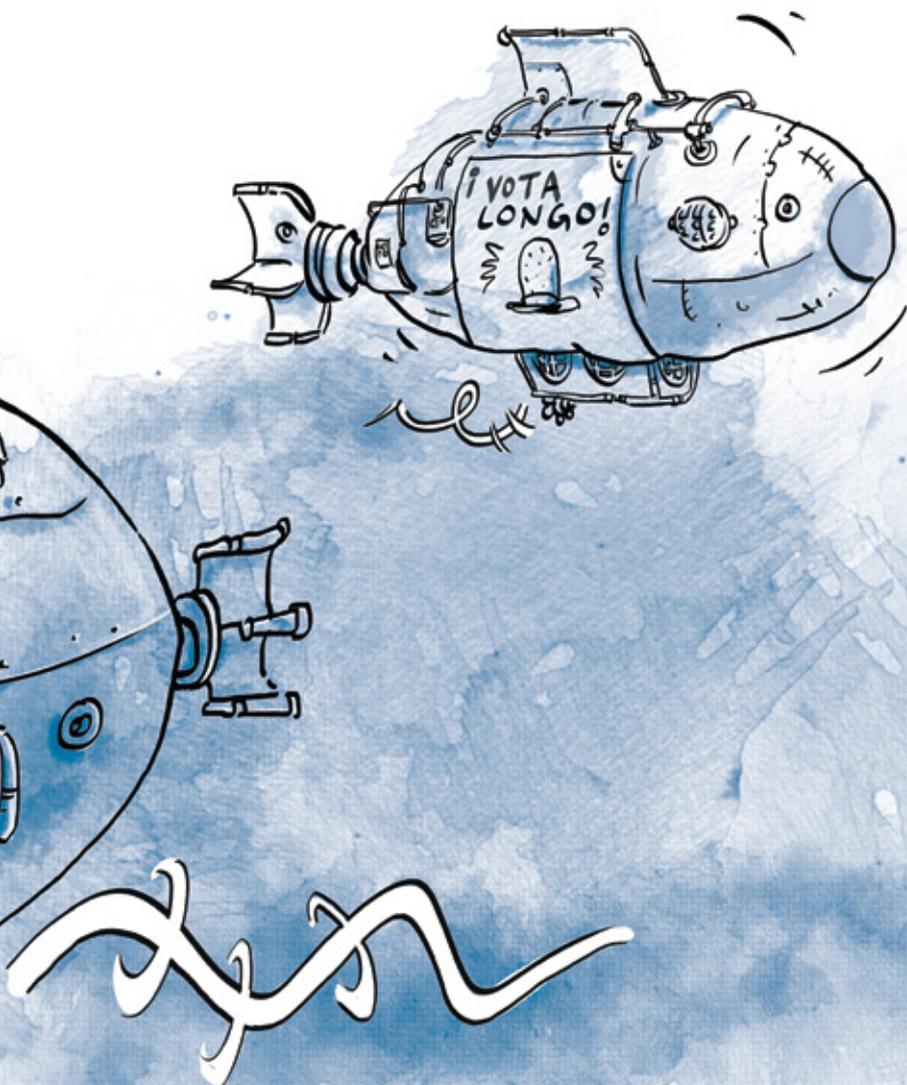
M tenía problemas con su patio, que había sido cercado por seguridad, hasta que se supiera con certeza cómo podía afectar al reino la hierba verde que en él había crecido.



Borró este pensamiento tan poco alegre de su mente y se concentró de nuevo en los zepelines.

Había terminado de amanecer y los globos cumplían su función publicitaria con éxito.

«El plan es un buen plan —se convenció— y M debe de estar en este momento durmiendo».



Pero el rey Flaco se equivocaba, ni el plan era un buen plan, ni M estaba durmiendo.

M subió hasta la buhardilla de la casa, se abrió paso entre las cajas, los baúles y los trastos allí almacenados, apoyó la escalera contra el techo inclinado, trepó por ella y abrió la pequeña clara-boya.

La ventana estaba diseñada para dar luz a la buhardilla y, si era necesario, airearla, pero no se abría del todo como una ventana normal, sino que la hoja se levantaba dos o tres palmos, como si el techo bostezara sin muchas ganas.

Aun así, M se coló por ese pequeño bostezo de cristal y salió al tejado.

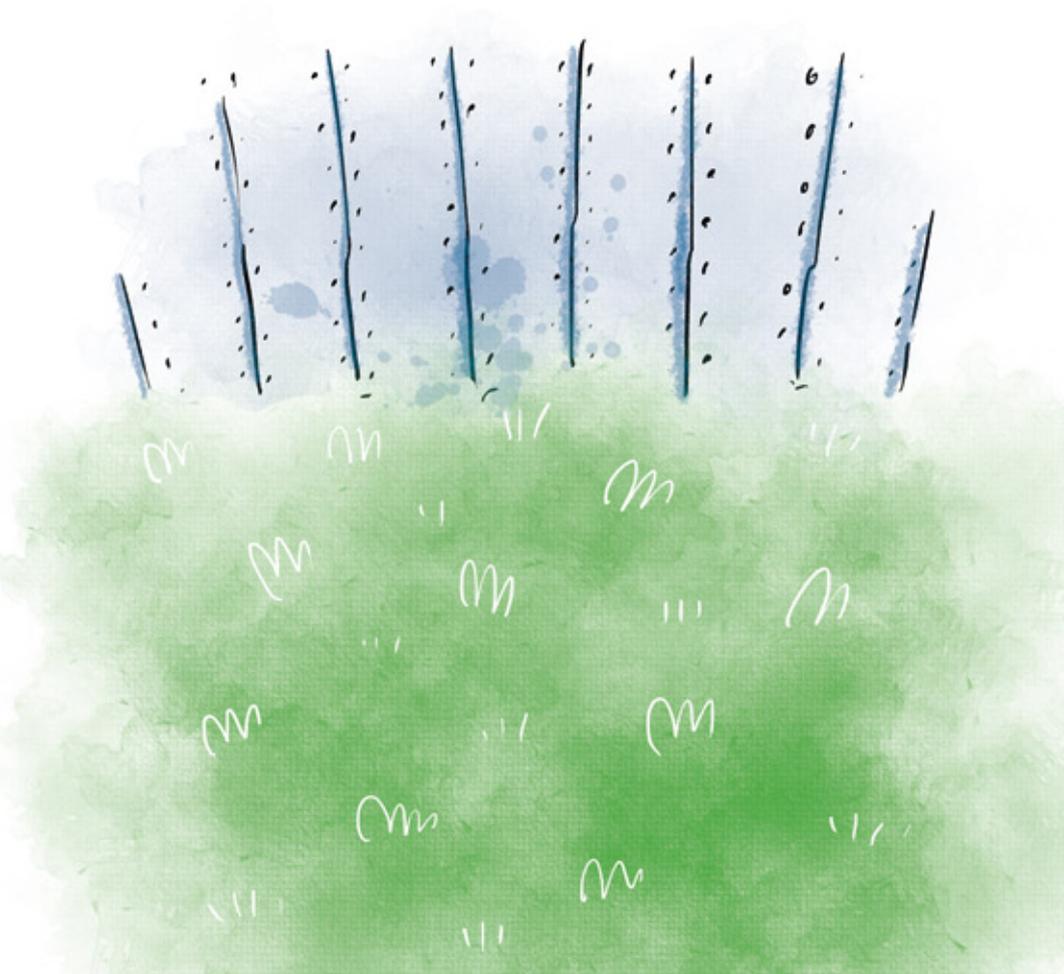
Era temprano y el cielo tenía aún ese azul claro y transparente que sigue al amanecer. A M no le gustaba en absoluto madrugar, pero sus padres le habían prohibido que se subiera al tejado, así que era mejor hacerlo mientras ellos todavía dormían.

En una cosa al menos sí había acertado el rey Flaco: M estaba muy enfadado.



Durante un tiempo se sintió afortunado; en el trozo de patio que él consideraba «su patio», al extender la arena procedente del meteorito, la lluvia hizo crecer una hermosa hierba verde. M siempre había pensado que su patio era un patio especial, pero qué duda cabe que en un reino en el que todo es de color gris, negro o azul, un lugar con hierba verde es, obviamente, especial.

Lo que nunca supuso es que fuera «demasiado» especial.



Al día siguiente de que la hierba apareciera, los científicos construyeron un muro metálico de planchas gruesas en torno a su trozo de patio. Una valla infranqueable con unos muros altos y sin ningún tipo de puerta para acceder a su interior.

Pero lo que más enfadaba a M era que los científicos lo habían hecho a petición de los habitantes del reino y con el consentimiento de sus padres. Y todo porque el nuevo color les causaba inquietud, no sabían qué podía pasar si esa hierba verde se extendía, hablaban de alergias, de la flora y la fauna. Cuanto más los escuchaba M hablar, más enfadado se sentía, porque le daba la impresión de que con cada palabra que decían, el muro metálico crecía unos centímetros más.

Había gente que incluso opinaba que lo más prudente sería destruir su patio.

Eso no sucedería. Por un lado, el Sr. Longo, en su faceta de rey Maximiliano X, había dictado una Orden Real que protegía ese pequeño trozo de tierra. Por otro, con Orden Real o sin ella, M había tomado la firme decisión de defender su parte de patio, de todo y de todos.

Pero la situación era que a sus amigos sus padres no los dejaban siquiera acercarse por allí, y el muro no tenía ni una mísera ventana, ni siquiera un agujero por el que asomarse.

Así que M había tomado la costumbre de levantarse con el amanecer y subir al único punto

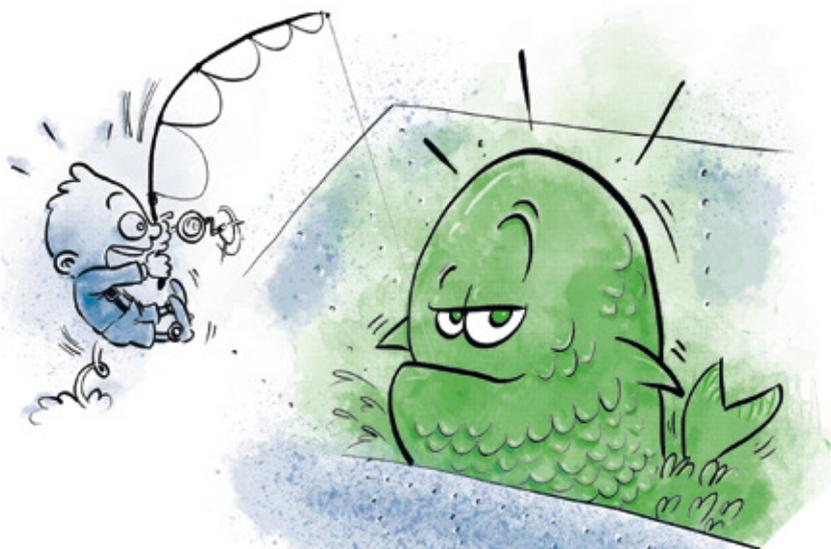
de su casa desde el que se podía ver el interior de su patio: el tejado.

Pasaba largos ratos allí, observando en silencio y en la distancia la hierba verde.

En principio no podía hacer gran cosa, aparte de mirar y mirar.

Pero si se concentraba en el color y en las múltiples briznas de aquella hierba durante el suficiente tiempo, la mirada se le perdía en el interior cercado de su patio, y, si cerraba de repente los ojos, entonces podía hacer un montón de cosas.

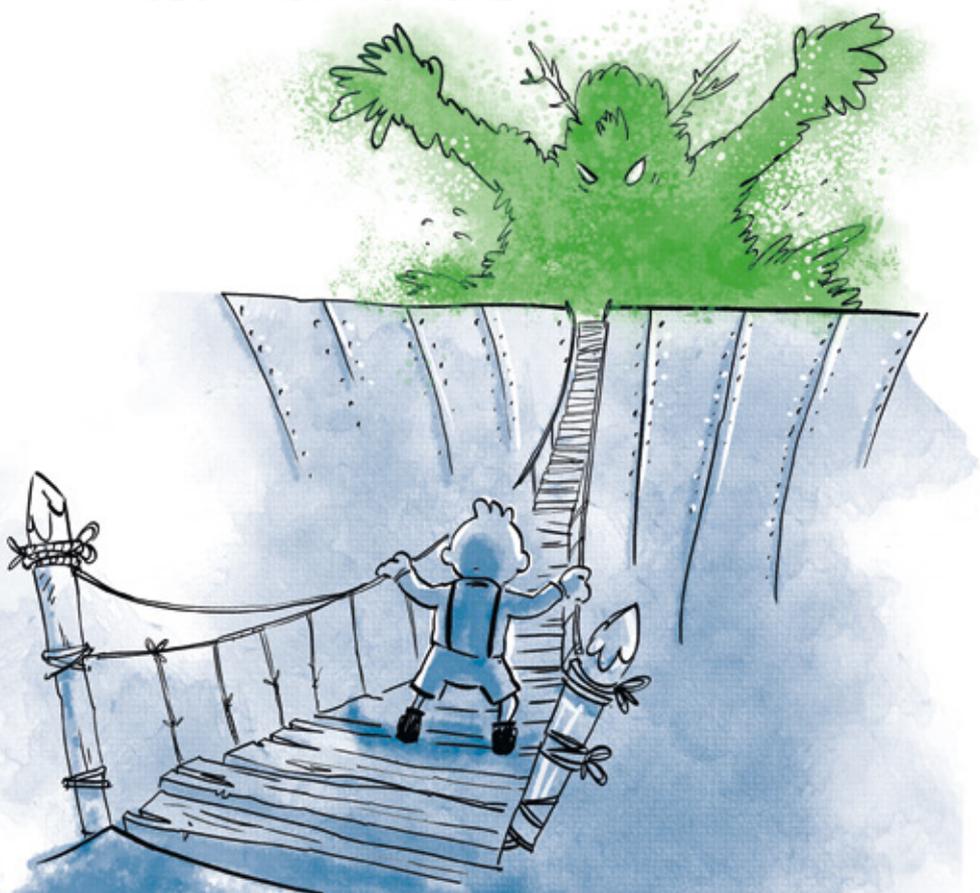
Podía lanzar una caña de pescar y capturar un formidable pez verde.



Podía utilizar un estetoscopio para abrir la caja fuerte más grande del mundo.



Podía atravesar un puente colgante y convocar al Dios Verde del Volcán.



O asaltar una estación espacial alienígena.



Todo esto podía hacer si cerraba los ojos. Si los abría, solo podía mirar. Y enfadarse.

Y, de vez en cuando, saludar al Astrónomo.

Ya hace dos meses que cayó un meteorito en el patio de M. Y se han producido grandes cambios en el reino de las tuberías: un **nuevo color**, el verde, extraña y preocupa a sus habitantes. Pero quizá sería más útil preocuparse por el último y misterioso invento de los científicos.



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-143-3526-0



9 788414 335260

1578681